

DALMAU. Plinio se rinde.
SEVERO. ¿Que Plinio se rinde?
GERTRUDIS. ¿Que te rindes?
CANÓNIGO. No me sorprende.
GERTRUDIS. ¿Es eso, verdad, hijo?
PLINIO. Madre, no lo sé.
GERTRUDIS. Pero tú, ¿qué le has dicho?
PLINIO. No le he dicho nada.
SEVERO. Entonces, ¿qué ha pasado?
GUMERSINDO. ¿Qué ha pasado?
PLINIO. ¡Déjenme ustedes en paz! Sale.
GERTRUDIS. Plinio, Plinio. Pero ustedes, ¿qué hacen que no la combaten?
SEVERO. Señora, yo...
GUMERSINDO. Yo, francamente...
PASCUAL. Señora, yo...
JULIA. ¡Já, já, já!
GERTRUDIS. ¡Ay, Dios mío! Estos sabios ya no son sabios, son hombres.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

JULIA, MARCELA, JÓVENES 1.º, 2.º y 3.º Al levantarse el telón Julia acaba de decir algo y hay un silencio, durante el cual los Jóvenes se miran unos á otros, como aterrados; al fin el Joven 1.º rompe á hablar.

JOVEN 1.º ¿Dice usted que hoy mismo?

JULIA. Hoy mismo.

JOVEN 2.º ¿Que se marcha usted esta misma tarde?

JOVEN 3.º Señora, eso no puede ser.

JOVEN 1.º No puede ser.

JOVEN 2.º No puede ser.

JULIA. ¿Qué le haremos? Mi marido...

JOVEN 1.º ¡Feliz mortal!

JULIA. Me llama. Y creo que está en su perfecto derecho.

JOVEN 3.º ¡Ay!

JOVEN 2.º ¡Ay!

JOVEN 1.º ¡Ay! ¿De modo que el baile, nuestro segundo baile?...

JULIA. Le bailarán ustedes muy alegres, acordándose de mí... al cotillón, por ejemplo.

JOVEN 1.º Señora, no sé si le bailaremos ó no le bailaremos; pero lo que sí puedo asegurarle es que no necesitamos cotillones para acordarnos de usted.

JULIA. Muchas gracias.

JOVEN 2.º Sacando un cuadernito. ¿Qué ha dicho usted?

JULIA. Que muchas gracias.

JOVEN 2.º Apuntando. Gracias.

JOVEN 1.º No es lisonja, señora; es pura justicia. Somos jóvenes, pero entusiastas... En cuanto llegó usted, en cuanto la vimos, quedamos todos prendados de su... de... de usted, ¿por qué no decirlo?

JULIA. ¿Todos?

JOVEN 3.º Sí, todos.

JOVEN 2.º ¡Y más que hubiera habido!

JOVEN 1.º Prendados en corporación.

JULIA. ¡Nunca me lo hubiese figurado!

JOVEN 1.º Ni nosotros tampoco; pero... ya ve usted... el pueblo... usted... nosotros... en fin, ¡que Dios le pague á usted el bien que nos ha hecho!

JULIA. ¿Yo... á ustedes?

JOVEN 3.º A nosotros en general y á los tres en particular.

JOVEN 1.º Ha transformado usted nuestra vida con su presencia.

JOVEN 3.º Con su hermosa presencia.

JULIA. ¡Jesús! Eso ya es adularme.

JOVEN 2.º Apuntando. ¿Ha dicho usted adularme?

JULIA. Adularme.

JOVEN 2.º Gracias.

JOVEN 1.º No, señora, no. Nos ha traído usted alegría, animación, vida.

JULIA. Me dejan ustedes confusa.

JOVEN 2.º ¿Cómo ha dicho usted?

JULIA. Que me dejan ustedes confusa.

JOVEN 2.º Apunta. Confusa... Gracias.

JULIA. Pero, ¿qué hace usted, hombre?

JOVEN 2.º Nada... usted perdone... apunto sus palabras.

JULIA. ¿Es usted periodista?

JOVEN 2.º Para servirla.

JULIA. Me asusta usted.

JOVEN 2.º No hay de qué, señora. Estas notas no son para el público: las tomo...

JOVEN 1.º Las tomamos...

JOVEN 2.º Para guardar un recuerdo de usted.

JULIA. ¡Ah!

JOVEN 1.º Y á propósito de recuerdo; no... nosotros traíamos una pretensión.

JOVEN 3.º Un atrevimiento.

JOVEN 2.º Mejor dicho, tres atrevimientos.

JULIA. ¡Por Dios, no se atrevan ustedes tanto!

JOVEN 1.º No podemos menos de atrevernos.

JULIA. Ea... pues ustedes dirán.

JOVEN 1.º Quisiéramos, usted perdone, que nos firmase usted tres postales.

JOVEN 3.º Eso es, tres postales.

JULIA. ¡Tres!

JOVEN 2.º Una á cada uno.

JULIA. ¡Já, já!

MARCELA. ¡Já, já! Sí que son ustedes atrevidos.

JOVEN 3.º No se ría usted, señora, que lo decimos en serio. Nada más que su letra finísima... (porque la debe usted tener finísima...) No hacen falta pensamientos sublimes.

JOVEN 2.º Su firma de usted ya es sublime.

JULIA. ¿Y qué van ustedes á hacer con mi firma?

JOVEN 1.º Primero enseñársela á todo el mundo.

JULIA. No me parece mal.

JOVEN 1.º Después la pondremos en un marco, y será un recuerdo que miraremos cuando seamos viejos, como dulce memoria de juventud.

JOVEN 3.º Eso es.

JOVEN 2.º Eso es.

JULIA. Si con tan poco puedo complacerles...

JOVEN 1.º ¿Accede usted?

JULIA. Denme las tarjetas y las firmaré. Se sienta á firmarlas.

JOVEN 3.º ¡Qué mujer!

JOVEN 2.º ¡Qué línea!

JOVEN 1.º ¡Qué aire para firmar!

JOVEN 2.º ¡Es usted un ángel!

JOVEN 3.º ¡Una diosa!

JOVEN 1.º ¡Estamos conmovidos!

JULIA. ¿En corporación?

JOVEN 1.º En corporación y uno á uno.

JOVEN 2.º Gracias.

JOVEN 3.º Mil gracias.

JOVEN 1.º Si alguna vez necesita usted un hombre que se deje matar por usted, aquí tiene tres víctimas á punto. Tres vidas disponibles. Salen.

ESCENA II

JULIA y MARCELA.

JULIA. Riéndose suavemente. ¡Pobres muchachos!

Pausa.

MARCELA. No te rías, que tienen razón. Te vas,

te vas... ¿por qué te vas? Ahora que los tienes á los dos embobados... á don Gumersindo, á don Severo, á mi padre, á Plinio...

JULIA. No me digas eso.

MARCELA. ¿Te molesta oírlo?

JULIA. Me da un poquito de remordimiento. Sí, ahora soy yo la de las filosofías. Todo se pega, como tú dices.

MARCELA. Remordimiento... y has traído la alegría á esta casa.

JULIA. Más vale creer que ha sido la alegría.

MARCELA. Claro que sí.

JULIA. Pregúntaselo á tu madre.

MARCELA. No hagas caso á mamá; los disgustos le hacen poca impresión. Y en cambio los demás, empezando por mí... ¿Cómo te pagaré lo que has hecho? Mi padre hace una semana que ni siquiera nombra al doctor. Plinio me ha visto esta mañana hablando por la reja con Enrique, y en lugar de enfadarse, me ha dado un abrazo. ¿Te ríes? ¡Gracias á Dios! No sé qué me da verte con la cara seria. ¡Si todos estamos tan contentos! No te vayas.

JULIA. Por lo mismo que estais tan contentos, ya no me queda nada que hacer aquí.

MARCELA. Estás preocupada.

JULIA. No, no.

MARCELA. Cuando estés en Madrid, entre tus gentes, con toda la alegría que debe haber siempre en tu casa, acuérdate de mí; ¿me lo prometes?

JULIA. Te lo prometo; pero no te hará falta.

MARCELA. ¿Por qué no me hará falta?

JULIA. Pregúntaselo á Enrique.

MARCELA. ¿Enrique?

ESCENA III

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQUE. Desde la reja. Buenas tardes... y adiós.

MARCELA. ¿Te marchas?

JULIA. ¿No pasa usted?

ENRIQUE. No puedo; voy de prisa. Tengo entre manos un negocio estupendo. Si me sale bien, te vengo á buscar esta misma noche. Parece que están ustedes tristes.

MARCELA. Es que se marcha Julia esta noche.

ENRIQUE. ¿Cómo se entiende? ¿Sin dejarnos casados?

JULIA. No se apure usted. Antes de marcharme arreglaremos el asunto definitivamente.

ENRIQUE. ¿A qué hora sale el tren? ¿A las siete? Voy y vuelvo al instante á decirle á usted adiós. ¡Ah! Prepárense ustedes á recibir visita.

JULIA. ¿Visita? ¿Quién?

ENRIQUE. Don Gumersindo, don Severo, el Doctor.

MARCELA. Es verdad, que hoy es sábado.

ENRIQUE. Vienen hechos tres brazos de mar; los he visto en la plaza. Por allí llegan dos. Divertirse; hasta ahora. Sale.

MARCELA. Adiós. Que vuelvas pronto.

JULIA. Buena suerte.

MARCELA. ¡Qué modo de correr!

JULIA. ¡Como que va á buscarte!

MARCELA. ¿Qué va á decir mi padre?

JULIA. Que sí.

MARCELA. ¿Y mi madre? ¡Julia!

JULIA. ¡Marcela!

MARCELA. ¡Qué contenta estoy! La abraza muy comovida.

ESCENA IV

MARCELA, JULIA, DON GUMERSINDO, DON SEVERO. Después DON PASCUAL.

GUMERSINDO. ¿Se puede entrar?

JULIA. Adelante.

SEVERO. Señora... Marcelita.

JULIA. Muy puntuales son ustedes hoy. Aún no es hora de empezar la lectura.

SEVERO. Nos hemos adelantado un poco por usted.

GUMERSINDO. Justo... por usted.

JULIA. ¿Por mí?

GUMERSINDO. Queríamos charlar un ratito.

SEVERO. Yo le traigo á usted un pequeño obsequio. Le da dos grandes volúmenes en rústica.

MARCELA. ¡Pequeño!

SEVERO. Mi obra capital sobre la influencia de las Cruzadas.

JULIA. ¿A qué debo el honor?

SEVERO. Primero á sus relevantes prendas morales... y después á su belleza plástica.

GUMERSINDO. ¡Justo! A su belleza plástica.

JULIA. ¡Por Dios, señores!

SEVERO. Desde Friné hasta nuestros días no creo que haya habido ejemplar de... señora... tan escultural como usted... ¡Ay!

GUMERSINDO. ¡Ay! Tan turbadoramente escultural...

JULIA. Ustedes me confunden.

SEVERO. Señora, los confundidos... los confundidos... somos nosotros. Pausa.

JULIA. Están ustedes muy elegantes.

SEVERO. ¡Pschl

GUMERSINDO. ¡Bahl

SEVERO. ¡Poca cosa!

GUMERSINDO. ¿Usted cree?...

JULIA. Claro que sí. ¿Verdad, Marcela?

MARCELA. ¡Elegantísimos!

SEVERO. ¡Ay, señora, todo es obra de usted!

GUMERSINDO. Justo: de usted.

JULIA. ¡Mía!

SEVERO. Usted ha traído á esta población una influencia estética que recordaremos por muchos años.

JULIA. Por muchos no será.

SEVERO. Sí, señora; por muchos.

GUMERSINDO. Por muchos.

SEVERO. Usted ha venido á despertar en el fondo de nuestras... de nuestros... en fin... sensaciones desconocidas... ha transformado usted nuestras costumbres... nos ha descubierto nuevos horizontes, que, ¡ay! no podíamos sospechar.

GUMERSINDO. ¡Ay, no!

JULIA. Lo siento.

SEVERO. No lo sienta usted. Al contrario. ¡Si nos parecen muy bien los horizontes!

GUMERSINDO. Nos han rejuvenecido.

SEVERO. Enternecido.

MARCELA. ¡El veranillo de San Martín!

PASCUAL. Entrando. ¡Muy bien! ¡Muy bien! Don Gumersindo y don Severo se vuelven á mirarle, contrariados.

SEVERO. Muy bien, ¿qué?

GUMERSINDO. ¿Qué trae usted por aquí?

PASCUAL. Vengo á escuchar, como todos los días.

SEVERO. Todavía no ha empezado la sesión.

PASCUAL. No importa... sigan ustedes... lo que ban diciendo... ¡También me gustan los discursos que no son del siglo xiv!

SEVERO. ¿Lo dice usted con segunda intención?

GUMERSINDO. ¿Con espíritu crítico?

JULIA. Vaya, no se disgusten ustedes por tan poco. Pasen á la biblioteca, que allí creo que están los demás... Hasta luego.

GUMERSINDO. ¡Señor!...

SEVERO. ¡Señor! Salen.

JULIA. Y usted á escuchar, que hoy la sesión va á ser interesante.

PASCUAL. ¡Ay, señora! ¡Si pudiera hablar no escucharía! Sale.

MARCELA. ¡Já, já, já! ¡Pobres viejos!

JULIA. Abriendo el libro, que apenas puede sostener: lee la dedicatoria. "A Julia, lozana y meliflua musa de la alegría en esta histórica urbe castellana... en prenda de admiración intelectual, ética y estética, dedica este ligero estudio su entusiasta y devoto: El autor." ¡Ay de mí!

ESCENA V

MARCELA, JULIA y el DOCTOR DALMAU.

DALMAU. ¿Se puede entrar?

JULIA. ¿Qué? ¿Quién?

DALMAU. Servidor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

MARCELA. Hasta luego. Marcela sale.

DALMAU. Todo sea por Dios. A Julia. Buenas tardes, señora.

JULIA. Buenas tardes, doctor.

ESCENA VI

JULIA, DOCTOR DALMAU, después PLINIO.

DALMAU. ¿Usted ha visto?

JULIA. No. ¿Qué pasa?

DALMAU. Marcela huye de mí.

JULIA. ¡Qué ha de huir! Se retira.

DALMAU. Pero se retira con tanta insistencia... que empiezo á sospechar... que no me quiere.

JULIA. Es natural.

DALMAU. ¿Que ella no me quiera?

JULIA. Que usted lo sospeche.

DALMAU. ¿Es que acaso usted lo había sospechado?

JULIA. ¡Qué ramo tan hermoso!

DALMAU. ¿Le quiere usted?

JULIA. No sé si debo...

DALMAU. Puede usted recibirle sin escrúpulo.

JULIA. ¡Ay, doctor! Me figuro que no le traía usted para mí.

DALMAU. Accidentalmente, no, ¿á qué negarlo? Pero esencialmente puede que sí.

JULIA. ¿Cómo?

DALMAU. Sí... porque hasta que la he conocido á usted nunca se me había ocurrido cortar un ramo de flores para nadie.

JULIA. ¡Cómo lo arregla toda la filosofal

DALMAU. No es filosofa, señora, es lógica.

JULIA. Casi con espanto. ¡¡Ah!!

DALMAU. Tómelo usted, se lo ruego.

JULIA. Cogiéndolo con tanta precaución como si llevase la Lógica dentro. Sí que son bonitas las flores.

DALMAU. Bonitas.

JULIA. Huelen muy bien.

DALMAU. ¡Psch!... Como casi todas las cariofleas. Sí, señora; cariofleas.

JULIA. Pues parecen claveles.

DALMAU. Sí, señora; es lo mismo.

JULIA. ¡Ah! Es lo mismo... Gracias.

DALMAU. No hay de qué. Pausa. ¡Ejem! ¡ejem! Ella le mira. ¿De modo que usted había sospechado que Marcela?...

JULIA. No se preocupe usted por Marcela.

DALMAU. Es que me da pruebas de una desviación física... que francamente...

JULIA. Un hombre intelectual no debe tomar en cuenta descalabros de amor.

DALMAU. No, señora; no es el descalabro precisamente. Ya sé que el amor es una función cerebral, y sé hasta dónde puede llegar un cerebro de veinte años, escaso de sustancia gris... pero aunque lo sé, me contraría casarme con una joven de corrientes magnéticas tan opuestas á las mías.

JULIA. Pues no se case usted.

DALMAU. ¿Cómo?

JULIA. No casándose... Marcela no es la mujer que le conviene á usted... Cuanto más la conozco más me convenzo de ello... es ignorante.

DALMAU. No lo crea usted... sabe... sabe...

JULIA. ¡Bah! Cuatro tonterías... un poco de latín, ¿ha podido sostener nunca una conversación... sobre las células nerviosas?...

DALMAU. Eso no.

JULIA. ¿Sabe una palabra sobre la estructura del cerebro?

DALMAU. ¡Qué ha de saber!

JULIA. ¿Y qué va usted á esperar de una esposa que no sepa de células, por buena madre de familia que llegue á ser? ¿Es usted un hombre de bata y zapatillas? ¿Ha de conformarse un sabio como usted con una mujer que no sepa más que dar sopas al niño y mecerle en la cuna? Usted necesita otra cosa.

DALMAU. Ya lo sé. Pero ¿dónde se encuentra?

JULIA. ¡Vaya usted á saber!

DALMAU. Entonces...

JULIA. Pero no faltará, créame usted á mí. El mundo es grande... y hay mujeres para todos los gustos... La dificultad está en encontrarla... pero en cuanto la encuentre usted... ¡ay, doctor! ¡qué vidita se van á dar ustedes! Vida intelectual... llegar á casa y en lugar de sentarse á la mesa y embrutecerse con los alimentos, irse al laboratorio é investigar y buscar y seguir al microscopio las evoluciones... de lo que sea...

DALMAU. De las células...

JULIA. De las células, claro... Y ella, en vez de entrar en la cocina, irse á la biblioteca y engolfarse en los libros.

DALMAU. Científicos.

JULIA. Cuanto más científicos mejor... En vez de hablar de tonterías sentimentales, sostener discusio-

nes filosóficas... y luego... cuando llegue la noche, resumir lo que se ha hecho durante el día... y quererse, sí, señor, quererse... pero no como se quiere la gente vulgar, con cuatro besos inútiles, sino con todos los conocimientos, con amor reposado, consciente, con el único amor que es amor.

DALMAU. Ese sería mi ideal

JULIA. Pues ese no podrá usted realizarlo con Marcela.

DALMAU. ¿Usted cree?...

JULIA. Será capaz de tener doce hijos... como las especies inferiores.

DALMAU. Tal vez tiene usted razón.

JULIA. ¡Y tanta!

DALMAU. El caso es que este matrimonio entraba en mis cálculos. Yo le dije á mi *yo*: "Tú, es decir, yo, necesitas una compañera." Mi *yo* me dijo: "Aquí la tienes: esta es la esposa que te conviene"; pero si el *yo* de ella, como usted afirma y yo voy empezando á creer, teniendo en cuenta sus desviaciones, si el *yo* de ella me dice: "no te quiero", los cálculos se vienen á tierra... y no habrá más remedio que resignarse...

JULIA. Gracias á que usted lo toma con filosofía... Es usted de hielo, doctor.

DALMAU. No, señora. También tengo mis pasiones correspondientes... pero refrenadas: amores, que usted dice; exacerbaciones del sistema nervioso, que digo yo. ¿Usted se figura que cuando veo á una mujer se acerca. de las que tienen ojos... digamos negros, La mira. no me paro á recibir impresiones? Pues, sí señora, me paro, y hasta le diré á usted que